

Este libro editado por el Ministerio de Cultura de El Salvador, en su colección de contemporáneos, con ilustraciones de Camilo Minero, recoge varios cuentos de un escritor multiforme, de un poeta que hace prosa de suma pureza, sin hojarasca.

Hugo Lindo, en cada una de sus narraciones, esboza los elementos de una larga historia, de una novela concentrada, encerrada en sí misma. Los personajes adelantan en seguida su íntima contextura, marchan y actúan con desenvoltura. Lo que hace suponer las cualidades potenciales del escritor centroamericano para la novela. Sobre todo para la novela popular, con sus hombres inmersos en tragedia, con sus negros bonachones, románticos, de instintos primarios, con frecuencia.—V. M.



“ACOSADOS EN EL MAR”, de *John Harris*. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1957

He aquí una novela de aventuras, construida con muy pocos elementos, pero de intensa humanidad. Cuatro personajes, medidos sobre las aguas inciertas de algunos mares, nos van entregando su auténtica cifra espiritual. Los paisajes cobran su calidad de diversos estados de alma. Y ello es así, aunque el relato, fuerte y sin concesiones, no cae nunca en las delicuescencias de un romanticismo sentimental.

Veamos la textura de la novela. Cierta día, del puerto de Sidney, sale una desvencijada embarcación. Las velas remendadas se hinchan gloriosamente. En la plataforma del barquichuelo hay cuatro personas. Dos hombres y dos mujeres. Uno de los varones, joven y enérgico, necesita huir. En su conciencia rebulle el peso de una culpa. En los otros tres protagonistas, asimismo, hay un afán de alejamiento, pero por causas menos decisivas. Quieren evitar que su embarcación caiga en manos de los acreedores. Y comienza la tremenda aventura.

Por la retina del lector van desfilando los paisajes exóticos. El furioso tumbo del oleaje suena y resuena con sus voces de constante amenaza. Con frecuencia, se quisiera ver a salvo a los cuatro viajeros. Pero el mar se encarga de llevarlos de un lado hacia otro. El barco mínimo y casi destrozado pierde su arboladura. Es preciso reponerla. Y los cuatro fugitivos derriban árboles, trabajan como jamás lo hicieran. Y la frágil cáscara navega entre los escollos, se empina en las crestas espumosas, roza los bancos de coral. Y entretanto, el mundo sigue su aventura. Los cables se cruzan. Los perseguidores les tienden su celada. Hasta que al fin sobreviene la tragedia. Y cuando sea el momento de regresar al puerto de partida, la muerte habrá sorprendido a uno de ellos, dejando una estela de amor en un corazón femenino. La obra termina en una verdadera culminación. Porque los perseguidos se convierten en héroes auténticos. He ahí el sentido entrañable de esta novela, debida al talento del escritor inglés John Harris, ya famoso por otras obras anteriores, tales como las tituladas *El viaje solitario* y *Las garras del poder*.

En estos relatos del mar, la aventura adquiere categoría estética. La humanidad de los personajes se infiltra en los detalles mínimos del paisaje, en una simbiosis de singular dramatismo. Diríase que los viajes marinos de Joseph Conrad han sido superados. El estilo de Harris es más directo, no se pierde en meditaciones y perífrasis literarias. Disparada la flecha, ésta sigue un curso seguro, sin detenerse inútilmente. Ahora bien, es necesario un excelente dominio del arte narrativo. Porque, producida la incitación, el tiempo ha de ser dividido en infinitas porciones, llenándolas con elementos valorativos. De esta forma se produce una ondulación temática, los seres vivos avanzan y retroceden en la marcha que el autor les ha señalado desde un principio. En consecuencia, la novela podría durar indefinidamente, siempre que la maestría no se adormezca. Y esto es lo que consigue el novelista inglés.

La obra ha sido traducida por Lina Larraín del Campo. Sin duda, estamos frente a una traductora de exquisita sensibilidad. El

hondo sentido de la obra inglesa ha sido llevado al castellano con máxima fidelidad. Los innumerables términos náuticos se engarzan rítmicamente. Y la obra entera da la sensación de haber sido pensada en castellano. Anotemos un breve párrafo: "Dentro del refugio de los arrecifes de coral, las lagunas ostentan tonos de pulidos ópalos, y a lo largo de la costa las palmeras doblan sus cabezas en la dirección del viento, cual acólitos inclinándose ante un altar".

La aventura, iniciada en Sidney, nos conduce en torno a las isllas del Pacífico. En cada uno de sus reductos hay una emoción. Y los personajes se van humanizando, crecen en proporciones gigantescas. Para conseguir ese efecto, no ha sido preciso el razonamiento psicológico. Ha bastado la acción, la entrañable fuerza de la verdadera aventura.—V. M.

■

"MEMORIAS DE UN EMIGRANTE", de *Benedicto Chuaqui*. Edit. Nascimento, segunda edición. Santiago, 1957

Cuando apareció este libro en 1942, se produjo una polémica apasionada: un jurado literario acordó otorgarle el Premio Municipal de Novela. Los censores del autor y de los jueces que lo distinguían, olvidaron los méritos indudables de la obra para enfrascarse en una discusión acerca de si Chuaqui había escrito una novela o un tomo de memorias. Pero se olvidó con el calor de la polémica que este árabe nacionalizado chileno vivió su propia aventura por el hecho de arribar a Chile, desde su lejano terruño de Homs, en Siria; que se incorporó a la vida nacional por la calle Matucana, que su primera tienda la adosó al muro de una ferretería, en la vecindad de la Estación Central, y que lentamente, con pasión y voluntad de acero, alcanzó una situación ética y estética, aparte de una fortuna personal. Al fin, como ha escrito más de un autor, para que los hechos grises o pintorescos de la existencia se conviertan en aventura, basta sólo narrarlos, y la novela es la su-